

Francisco Prat Puig, bajo la luz del caney

Carlos Barbáchano

En los días de cierre de la revista, me llega –tarde y mal– la noticia de la muerte, meses atrás, de mi amigo el Dr. Francisco Prat Puig, autor de una de las obras clave de la arquitectura colonial en América –*El pre barroco en Cuba (Una escuela criolla de arquitectura morisca)*, La Habana, 1947–, profesor y maestro de generaciones de especialistas en arte y arquitectos, co-fundador de la Universidad de Oriente, restaurador de una buena parte del mejor patrimonio colonial cubano, singularmente de la fortaleza del Morro de Santiago de Cuba y de la supuesta Casa de Velázquez, también en la antigua capital de la isla.

Nacido en Cataluña, exiliado con la guerra civil, hace de Cuba algo más que su segunda patria: la tierra de su trabajo incansable, la de sus hijos, la de sus ilusiones, realizaciones y esperanzas. Cuando lo conocí, a finales de los ochenta, ya era octogenario y conservaba el entusiasmo casi juvenil con todo lo que tenía que ver con el mundo del arte. Su casa del Caney, modesta y bella, era un verdadero e improvisado museo, levantado en medio de uno de los valles más feraces del Caribe, donde convivían pinturas del XVII y del XVIII, esculturas y relojes neoclásicos y románticos, junto a rarezas sin precio de la escuela de Fidias y exquisiteces criollas que había rescatado de la pica. Todo su rico patrimonio fue legado, ya en vida, a la Universidad de Oriente, en la que seguía como docente ocasional, que habilitó alguno de sus pabellones para alojar lo que Prat reunió a lo largo de su existencia. Algo pudimos por entonces colaborar, desde los servicios culturales de la Embajada de España, para acondicionar mínimamente las salas así como en las labores de urgente rehabilitación de la Casa de Velázquez, el primer gobernador de la isla, que sufrió un desgraciado incendio que daba al traste con una de las obras de restauración más ambiciosas y queridas por Prat.

Después de más de medio siglo en la isla aún conservaba su acento catalán y la pérdida casi total de la vista entenebrece sus últimos años –él que tanto nos había ayudado a todos los que le reodeábamos a ver, a saber ver para poder así admirar los trazos de aquel pintor, la energía del escultor, la habilidad espacial del arquitecto–; a veces aparecía la desilusión, acrecentada por el deterioro físico de su pobre esposa, a la que atendía, con ayuda de su hija, con una atención y un cariño infinitos; pero muchas más veces venía la fuerza de su indomable voluntad, su inagotable espíritu de trabajo que le llevaba a restaurar una pieza recién hallada, a reeditar un viejo trabajo, a ilusionarse con los nuevos cuidados que le ofrecía su colección. Gracias a su renovado entusiasmo, y a la tenacidad de Manuel Moreno y de Alicia García Santana –su discípula dilecta, su heredera espiritual– hace un par de años pudo ver de nuevo la luz su *Prebarroco en Cuba*, en edición cuasi facsimilar realizada por la Diputación de Barcelona, tras largo peregrinaje. Ver reeditada su obra maestra era una de sus últimas ilusiones en vida. La otra, no cumplida, era poder visitar, siquiera fuera temporalmente, su pequeño pueblo natal, cerca de la frontera francesa, donde en este 98 de los grandes y tristes centenarios se rendirá memoria a su trayectoria vital, fecunda y desprendida como pocas.

En el 92 tuve el honor, y la satisfacción, de poder colaborar y participar en el homenaje que la Universidad de Oriente y la Embajada de España, encabezada por Gumsindo Rico, le tributaron en su otra tierra, la santiaguera. Se le impuso la Orden de Isabel la Católica, luego vino la placa de San Jordi. Antes había recibido, entre otras, la Orden Félix Varela y la de la Cultura Nacional. Hubiera querido estar a su lado cuando se despidió de sus dos patrias.

Francisco Prat Puig fue, desde su Caney adoptivo, desde ese valle donde nunca muere la luz, uno de los jóvenes republicanos transterrados a otro mundo que resultó ser también el suyo. Convirtió su vida en entrega, su sabiduría en amor.